

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones

Primera edición en Chile, 2007

Primera edición: Editorial Godert Walter, 2003

Título original en holandés: *Windjammers in Delfzijl*

I.S.B.N.: 978-956-282-942-7

Registro de Propiedad Intelectual N°: 166.855

A cargo de esta Colección: Julio Pinto

Motivo de cubierta: Veleros en Iquique.

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

Impreso en los talleres de LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Fono: 7169695/7169684 Fax: 716 8304

Impreso en Santiago de Chile

LA TRADUCCIÓN Y LA PRODUCCIÓN DE ESTA OBRA HAN SIDO POSIBLES GRACIAS A LA AYUDA DE
LA FUNDACIÓN PARA LA PRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN DE LA LITERATURA NEERLANDESA, HIVOS
Y LA EMBAJADA DE FINLANDIA EN CHILE.

LA AUTORA AGRADECE A DIEGO PULS LA CESIÓN DE SU TRADUCCIÓN DE PARTES
DE CAPÍTULOS 3 Y 4 DEL PRESENTE LIBRO.

LA AUTORA Y LOM AGRADECEN A RICARDO PEREIRA POR SU COOPERACIÓN
Y AL DISEÑADOR HOLANÉS BRUNO BEUKEMA POR SU COOPERACIÓN Y AYUDA.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias por la ayuda y los buenos consejos a Jan Abrahamse, Noemí Baeza, Thijs Berman, Bruno Beukema, Hans Beukema, Bert Blauw, Jaap Bottema, Jaap Boxema, Roberto Coll, Ximena Erazo, Ulla Feldkamp, Piet Franke, Sergio González Miranda, Joop Groenewold, Cathy Ginard, Humphrey Hazelhoff Roelfzema, Ties Hazenberg, Floris Hin, Douwe Keizer, Harry van der Klei, Jan Klootwijk, Erik Kweksilber, Lev Lochakov, Rob y Anneke Marechal, Rob Martens, Rinze Mast, Jürgen Meyer, Ricardo Pereira, Dirk Peters, Jan Wouter van Rijen, Patricio Riveros Olavarria, Johan Steenhuis, Koen Suyk, Jan Joost Teunissen, Mirjam Teunissen, Bert Wagenborg, Homme Wedman, Ira Weinreich.

Biblioteca Pública de Iquique, Biblioteca de la Universidad de Iquique, Crear Iquique, Museo Nacional de Santiago, Museo Aquarium, Delfzijl; la Stichting Nederlandse Kaap-Hoornvaarders (Cofradía Holandesa de Capitanes del Cabo de Hornos), Hoorn; Archivos de Groninga; Scheepvaartmuseum, Amsterdam; Scheepvaartmuseum, Groninga; Deutsches Schiffahrtsmuseum, Bremerhaven.

DE LA PAMPA A LAS TIERRAS BAJAS

Desde siempre, los puertos han ejercido una gran atracción con sus grúas y sus almacenes, con sus barcos de cabotaje y sus grandes busques, con el impetuoso viento del mar y el olor salino de la lejanía. Los domingos por la mañana en la pequeña ciudad holandesa de Delfzijl, los hombres de mi familia iban al puerto dando un paseo, y a menudo yo les acompañaba. “¡Vamos al puerto, que hay un barco salitrero!”. Yo era una niña, pero aún recuerdo claramente los altos barcos, con sus oscuras bordas y sus pesadas anclas, y sus misteriosos nombres y puertos de origen, como *Panama* y *Monrovia*. Para subir a bordo había que cruzar una pasarela. En la borda se apoyaban unos jóvenes de cabellos y ojos negros, enfundados en mugrientos monos de trabajo, que desde arriba miraban impasibles a los curiosos que se paseaban en el puerto.

Más tarde encontré un libro con fotografías del viejo Delfzijl. En él había fotos de veleros de cuatro palos que entraban en el puerto atoados por remolcadores. Eran los barcos salitreros de Chile que habían tardado tres meses en arribar a Delfzijl. Algunas fotos mostraban a tres o cinco de aquellos grandes barcos anclados en el puerto; los altos mástiles, las vergas y los cabos, y una maraña de cuerdas; en ocasiones llevaban las velas izadas, los baupreses parecían pájaros que se elevaban hacia el cielo. Así que éste era el aspecto de los barcos veleros de Chile de antaño, pero yo no sabía por qué navegaban hasta Delfzijl y con qué cargamento.

Aún más tarde viajé a Chile, cuyos 4.000 kilómetros de costa se bañan en aguas del Océano Pacífico. En la concurrida Avenida Alameda en el centro de la capital Santiago, me llamaron la atención los autobuses urbanos adornados con un llamativo cartel publicitario que anunciaba una película: en medio de un paisaje desértico se veía a elegantes caballeros y damas con vestidos largos del siglo XIX. El título era *Pampa Ilusión*. Resultó ser la telenovela más popular de Chile, sobre el amor y el sufrimiento en una oficina salitrera en el desierto de Atacama.

¿Oficina salitrera? De repente empecé a comprender y a atar cabos.

En el Museo Nacional de Santiago había diversas salas consagradas a la historia del salitre. Vi fotografías de campamentos de barracas levantados en zonas desérticas e implacables, hombres trabajando con picos bajo un sol de justicia, mulas cargadas de sacos, locomotoras con vagonetas que se abrían camino a través de la arena, puertos en los que unos hombres en botes de remos transportaban sacos hasta los veleros anclados delante de la costa. Leí que

entre 1880 y 1930, los impuestos sobre la exportación de salitre representaban la mitad de los ingresos públicos chilenos. Se había despertado mi curiosidad.

¿Qué era el salitre? ¿Y cómo había llegado al desierto?

“El salitre o nitrato de Chile es una sal cuyo componente principal es el nitrato de sodio, que contiene además oligoelementos como el magnesio, el boro, el azufre, el yodo, y el cromo”, me aclara el geólogo Jan Smit, de Amsterdam, que lleva a cabo investigaciones sobre la génesis de la tierra y que intenta explicarme con todo lujo de detalles el misterio del salitre. “El nitrato de Chile es muy soluble, y sólo puede encontrarse en una zona extremadamente seca como el desierto de Atacama, debido a una combinación única de factores”.

Jan Smit se instala con un atlas e Internet al alcance de la mano. “Mire, la situación geológica es más o menos la siguiente. Piense que la tierra tiene 12.000 kilómetros de diámetro, y tiene una corteza de 20 kilómetros de grosor, que es como una fina capa de nata asentada sobre una base líquida y caliente. Esta base está en constante movimiento.

“En medio del Océano Atlántico, la base se eleva, se solidifica y ejerce presión contra la costa sudamericana, provocando que este continente se desplace lentamente hacia el oeste. Pero la corteza debajo del Océano Pacífico también ejerce presión, desde el otro lado, contra el continente; se sumerge por debajo del continente sudamericano, con agua y todo. Todo ello genera una enorme presión contra la masa terrestre y hace que la Cordillera de los Andes serpente, se pliegue y se deslice, produciendo el efecto de un mantel arrugado. Todo ello va acompañado de terremotos y erupciones volcánicas, y la formación de nuevos sistemas montañosos en la costa occidental.

“Por consiguiente, si lo miramos de oeste a este, en el norte de Chile, primero vemos el profundo Océano Pacífico, luego la Cordillera de la Costa de 1.000 metros de altitud, después la pampa, el desierto de Atacama, y a continuación la Cordillera de los Andes. En el desierto de Atacama prácticamente no llueve nunca debido a que la Cordillera de la costa y los Andes hacen de barrera que impide el paso de la lluvia. Las erupciones volcánicas de los Andes han ido depositando minerales en el desierto. Además, allí el ambiente es muy cálido y seco porque está cerca del ecuador. A lo largo del litoral, corre una fuerte corriente marina de aguas frías hacia el norte: se trata de la llamada corriente peruana o de Humboldt; debido a esta corriente se evapora poca agua y por consiguiente no pueden formarse nubes de lluvia. Esta combinación de factores es la responsable de que las enormes capas de salitre que hay debajo de la superficie del desierto no se hayan disuelto”.

“Pero ¿cómo ha llegado el salitre hasta ahí?”, le pregunto.

“Hay diferentes teorías al respecto. El desierto de Atacama existe desde el cretáceo, y tiene cerca de 65 millones de años de antigüedad. Según el geólogo norteamericano George Ericksen, el salitre surgió porque durante millones de años los microorganismos del desierto absorbieron nitrógeno de la atmósfera. Durante millones de años, el viento transportó pequeñas burbujas de espuma de mar con algas microscópicas y yodo al desierto. Los oligoelementos

como el boro y el azufre proceden seguramente de las erupciones volcánicas. Sin duda es un proceso misterioso”, afirma Smit con cautela.

El poeta chileno Alejandro Escobar y Carvalho escribió en 1906 los siguientes versos sobre la pampa de Chile:

*Extraña como un bárbaro paisaje
descubierto en un muro arqueológico...
duerme la Pampa su sopor salvaje
soñando un cataclismo geológico!
Viuda del mar que la arrojara un día
como hembra infecunda e histérica...
ella ha sido una sierva muda y fría
abandonada en el confín de América!
De sus viejos amores submarinos
le quedan las arrugas en el vientre.
Atesora depósitos salinos
en donde quiere el cateador se encuentre.*

El salitre o nitrato de Chile desempeñaría un papel importante en el desarrollo de la agricultura en Europa. A partir de finales del siglo XVIII, Europa empieza a experimentar un fuerte crecimiento demográfico. Esta tendencia también se manifiesta en Holanda: en 1815 el país contaban con 2,2 millones de habitantes, en 1850 eran cerca de 3 millones, y en 1947 ya se había alcanzado los 9,6 millones. Holanda siguió siendo un país agrícola durante más tiempo que sus vecinos, Inglaterra y Alemania, que se industrializaron antes. A mitades del siglo XIX, Holanda exportaba muchos productos agrícolas, como carne, lácteos, cereales y hortalizas. Debido a la presión demográfica y a los intereses comerciales, empezó a aumentar cada vez más la necesidad de producir la mayor cantidad posible de alimentos. Los agricultores empezaron a conseguir mayores cosechas gracias a la mecanización del trabajo agrícola –los tractores y las trilladoras desempeñaban el trabajo que antes habían realizado los caballos y los jornaleros–, a un mejor control del drenaje y gracias al uso de fertilizantes químicos.

“El nitrógeno es el elemento más importante para los seres vivos en la tierra”, explica Jan Bieleman, historiador de la agricultura de Wageningen y autor del libro *Historia de la agricultura en Holanda, 1500-1950*. “El nitrógeno es la base de todos los compuestos proteicos. Sin embargo, esta sustancia no se encuentra con tanta facilidad, siempre ha sido escasa y ello imponía límites a la producción agrícola. Es decir que no se podía producir más de lo que permitía la cantidad de nitrógeno presente en el suelo. En 1840, el químico alemán Justus von Liebig escribió en su libro *La química orgánica aplicada a la agricultura y a la fisiología*, que para su alimentación, las plantas no dependen del humus sino del agua, la luz solar y los minerales presentes en la tierra, sobre todo nitrógeno, y en menor medida potasio, fósforo y otros elementos. Sobre la base de las ideas de Liebig, los agrónomos y los agricultores progresistas

de Holanda empezaron a realizar experimentos agrícolas: intentaban encontrar exactamente qué tipo de fertilizantes necesitaba cada cultivo. Los agricultores holandeses no tardaron en convertirse en los principales usuarios de fertilizante del mundo.

“Gracias al fertilizante nitrogenado, la producción de cultivos agrícolas aumentó enormemente. Además, los expertos en mejoramiento de cultivos desarrollaron nuevas razas capaces de asimilar este mayor suministro de nitrógeno. A partir de 1890 aproximadamente, se empezó a utilizar cada vez más el salitre. Los agricultores crearon cooperativas que les permitían comprar el salitre a granel, y se instauraron controles de calidad que aseguraban el suministro de material de buena calidad”, me explica Jan Bieleman.

“El nitrato de Chile también dio lugar a grandes cambios en las tierras arenosas. Durante siglos, los campesinos y agricultores habían intentado mantener el nivel de fertilidad de una pequeña superficie manteniendo una enorme zona de tierras en barbecho. En Holanda, las ovejas pastaban en los prados y los agricultores utilizaban los tepes de brezo y el estiércol de las ovejas para abonar los campos de cultivo que se hallaban alrededor de los pueblos en la provincia de Drenthe y los campos de cultivo comunitarios de las provincias de Overijssel y Gelderland. Era un sistema laborioso que exigía mucha mano de obra: había que extraer los tepes, mezclar el estiércol y luego esparcirlo, y todo eso suponía mucho trabajo. Y entonces, de repente, llegó el abono artificial, las tierras de barbecho dejaron de ser necesarias, y los brezales se convirtieron en campos de cultivo”.

Un incansable defensor del abono artificial fue el maestro rural Klaas de Vrieze (1836-1915) de Oude Pekela, un pueblo del norte de Holanda. En la zona de las turberas se erigió en 1919 un monumento en su honor: una especie de templo, apuntalado por cinco columnas, sobre un pedestal de ladrillos. En el pequeño edificio se colocaron lápidas conmemorativas de mármol, de un campesino arando y de un profesor delante de la clase, y la leyenda: **MOSTRÓ NUEVOS CAMINOS A LA AGRICULTURA, LA SALVACIÓN PARA EL CAMPESINO Y UNA BENDICIÓN PARA LA TIERRA.**

En sus libros *Cómo utilizar el abono artificial*, publicado en 1899 y *Mis recuerdos sobre el uso del abono artificial*, de 1907, Klaas de Vrieze escribe que a principios del siglo XIX en Holanda, y sobre todo en la región septentrional del país, había tal escasez de estiércol, que ya no merecía la pena ser agricultor en los campos que habían de ser abonados. Por ello buscaban afanosamente alternativas para el estiércol. De Vrieze describía qué tipos de abono artificial había que utilizar para cada cultivo y para cada tipo de suelo, como cenizas, cal, hollín, harina de huesos, sulfato de amoníaco, escorias de Thomas, superfosfato, guano y salitre.

Sin embargo, muchos agricultores ponían reparos al uso de abono artificial. Por ejemplo, en una ocasión, un campesino le dijo a De Vrieze: “Óigame, maestro, está usted muy equivocado. Las plantas crecen bien con esa ponzoña, pero es porque el diablo anda de por medio, y quiere tentarle. ¡Déjelo ya, hombre!”. Pero a pesar de la resistencia, el uso de abono artificial creció enormemente.

En torno a 1850, los agricultores empezaron a utilizar el guano como fertilizante. El guano era un abono procedente de Perú, surgido a partir de los excrementos de aves que durante miles de años se fueron acumulando en gruesas capas sobre las costas rocosas y las islas rocosas, y que a partir de mediados del siglo XIX empezó a extraerse y transportarse por barco hasta Europa. Al principio, el guano tuvo buena acogida, pero tenía el inconveniente de que no se podía utilizar durante muchos años seguidos, pues, si bien proporcionaba fósforo y nitrógeno a la tierra, no tenía suficiente potasio. Después de algunas décadas, el guano se agotó. Entonces llegó el salitre; y con él unas enormes cosechas, a pesar de que los resultados en tierra arcillosa, tierra de turbera y tierra arenosa variaban mucho. Los agrónomos y los agricultores seguían realizando experimentos con el salitre y otros abonos en campos de pruebas con fertilizantes.

A principios del siglo XX, Klaas de Vrieze escribía: “Hoy en día, en los pueblos de las turberas se utilizan más fertilizantes que en ningún otro lugar del mundo. Y allí consiguen unas cosechas que nadie puede creerse en otros sitios. Si le empieza a hablar de fertilizantes a un agricultor moribundo, seguro que se incorporará y no parará de hablar mientras se lo permitan sus fuerzas”.

“El nitrato de Chile, sobre todo en los últimos tiempos, es sin duda el fertilizante nitrogenado más utilizado. Para productos como la patata, la remolacha y otros cultivos anuales, basta con utilizarlo una vez. Conviene esparcir el nitrato de Chile durante el tiempo seco, pues, si las plantas rociadas con él están húmedas, por ejemplo debido al rocío, las finas partículas del nitrato de Chile se adhieren a las hojas y tendrán un efecto corrosivo y perjudicial”.

Klaas de Vrieze proseguía: “En Holanda existían aún extensas zonas de barbecho que con ayuda del fertilizante pudieron convertirse en tierra agrícola. Al principio no se lograba cultivar mucho en los terrenos arenosos que quedaban después de haber sacado la turba, pero ahora se consiguen buenas cosechas gracias al fertilizante. En la región donde yo vivía antes, las turberas de Groninga y Drenthe, el uso del fertilizante se ha multiplicado por catorce mil”.

El cantante de Groninga, Ede Staal, escribe lo siguiente sobre esos pueblos construidos en las turberas:

*Allí donde se alzan cobertizos y granjas,
allí florece mi tierra patatera;
allí donde antes había que cavar y sudar,
y la tierra con las manos trabajar,
allí remueven ahora las desbrozadoras
el barro, la arcilla y la arena;
allí han cultivado durante generaciones enteras,
los agricultores de Drenthe y Groninga la tierra.
Excavaron canales, diques y desembocaduras,
y el suelo mezclaron abono y también arena.
Y las patatas florecieron por vez primera,
y se tornó fértil la árida tierra.*

A principios del siglo XX, la empresa Van Hoorn, Luitjes y Kamminga de Groninga contribuyó enormemente a la popularización del salitre. El motor de esta empresa era Harmannus Simon Kamminga (1850-1933), nacido en el pueblo de Pieterburen, en el norte de Groninga. Su padre, que murió siendo aún joven, tenía un bar y era pintor de brocha gorda. El joven Kamminga tendría que haber seguido los pasos de su padre y ser pintor, pero tenía problemas de espalda y no era apto para el oficio. Un cliente le habló de las posibilidades de futuro que ofrecían los fertilizantes. Kamminga consiguió hacerse agente de una empresa de fertilizantes de Rotterdam. Con ayuda de su antiguo maestro, aprendió francés, alemán e inglés, y más tarde química y contabilidad. En 1885 fundó un comercio de fertilizantes junto con el agricultor J. van Hoorn y el comerciante en fertilizantes M. Luitjens. Los negocios iban viento en popa, hasta tal punto que, en 1892, construyeron una fábrica en Groninga, ciudad a la cual Kamminga se mudó junto con su madre y sus dos hermanas.

El comercio de fertilizantes se hacía a través de folletos con los que se podían realizar encargos desde cualquier punto de Holanda. El folleto *Pequeño manual para horticultores y floricultores en torno al ventajoso uso de los fertilizantes*, publicado en 1896, explicaba lo siguiente: "El nitrato de Chile se utiliza cuando se inicia el crecimiento y se desea una vegetación exuberante, y puede aplicarse de nuevo más adelante". En otro folleto, el *Prijscourant* de 1905, leemos: "Aunque el fertilizante de nitrógeno es el más caro, se evidencia una y otra vez que es muy rentable si se utiliza adecuadamente, siempre y cuando no falten en el suelo abono potásico, cal y ácido fosfórico. El nitrato de Chile contiene sin duda el nitrógeno en la forma más idónea, lo cual garantiza una rápida absorción".

La empresa era tan floreciente que fue ampliada en 1906. Durante la Primera Guerra Mundial, el suministro de salitre y otros fertilizantes quedó paralizado. Entonces, la empresa Van Hoorn, Luitjens y Kamminga se unió a otras dos fábricas –las Fábricas Centrales de Guano de Rotterdam y la Fábrica Internacional de Guano de Zwijndrecht– para formar las Fábricas Químicas Reunidas. Más adelante, se unió a ellas la Fábrica de Superfosfato de Amsterdam. Kamminga fue nombrado consejero de la empresa, cargo que desempeñó hasta 1924.

Durante toda su vida permaneció soltero; cuando murió en 1933, dejó una gran fortuna que destinó a un fondo cultural en beneficio de la provincia de Groninga. Desde entonces, el Fondo Kamminga ha servido para financiar muchos proyectos, entre ellos éste: gracias al salitre con el que Harmannus Simon Kamminga hizo fortuna, yo pude escribir un libro sobre el salitre.

Con ayuda de los fertilizantes se cultivaban cada vez más patatas y remolacha azucarera, tanto en las tierras arcillosas del norte como en las arenosas de las turberas. En los pueblos de las turberas se construyeron más de treinta fábricas de fécula de patata a partir de 1842. La remolacha azucarera empezó a cultivarse sólo a partir de la época del dominio francés en Europa, pues antes se importaba azúcar de caña de los trópicos. Sin embargo, a finales del siglo XIX, la producción de remolacha azucarera aumentó de tal manera que alrededor de 1900 se crearon dos grandes fábricas de azúcar en los alrededores de Groninga.

"A finales del siglo XIX, el cultivo de remolacha tenía lugar sobre todo en tierras arcillosas", explica el agrónomo Hein Antonissen, que trabaja para una azucarera. "Dado que la tierra no tenía suficiente nitrógeno, el salitre era un fertilizante imprescindible para la remolacha azucarera. Sin embargo, a la larga, la cantidad de sodio contenida en el salitre acababa por dañar la estructura de la tierra arcillosa, por ello, el salitre se aplicaba sobre todo después de que brotaran las plantas. Más tarde, el cultivo de la remolacha se desarrolló mucho en las tierras arenosas de las turberas y la demanda de salitre fue aumentando progresivamente. El sodio aseguraba el buen crecimiento de la planta y el boro era necesario para evitar que se pudriera la cabeza de la remolacha.

"Debido a la ganadería intensiva que surgió en el transcurso del siglo XX, se volvió a disponer de más estiércol para abonar las tierras. Ello permitió suplir en parte las necesidades de nitrógeno y sodio con estiércol, pudiéndose añadir boro como abono independiente. En estos momentos, el salitre apenas se utiliza ya para el cultivo de la remolacha en tierra arcillosa, y su uso también ha disminuido mucho en las tierras arenosas".

Una cosa me tenía intrigada: en un lado del mundo se extraía una sal de las capas de arena que tenían millones de años y al otro lado del mundo, esa misma sal se volvía a esparcir sobre la tierra. Es decir que el salitre iba del desierto a los campos de Groninga; era un ejemplo de la creciente conexión del mundo –la globalización–. Al igual que el oro y la plata, la pimienta y el té, el salitre –o "el oro blanco" como llamaban a esta sal– enriqueció la vida en Europa. Era transportado en barcos desde Chile hasta Holanda, de un puerto salitrero a otro, del Iquique chileno al puerto de Delfzijl.

Iquique y Delfzijl: esos dos puertos tan alejados entre sí resultaron tener parecidos insospechados: antes de que se levantaran sus malecones, sus grúas y sus almacenes a principios del siglo XX, eran pequeñas localidades costeras en las que los barcos permanecían anclados en la rada a veces durante semanas o atracados a boyas o amarraderos en el puerto; la carga y descarga se realizaba con gabarras. Y del mismo modo en que los muelleros en Iquique pedían con regularidad unos sueldos más altos para cargar el salitre, los descargadores en Delfzijl hacían lo propio cuando, tres meses más tarde, tenían que descargar la sal que durante la travesía por mar se había vuelto dura como la piedra. Y del mismo modo en que los habitantes de Iquique cuentan historias llenas de vida sobre los barcos salitreros, los ricos señores del salitre y sus elegantes casas, así cuentan en Delfzijl historias sobre los veleros anclados en el puerto, sus almacenes de salitre con tejados alquitranados en el muelle y los voluntariosos empresarios portuarios de hace cien años. Delfzijl, al igual que Iquique, tuvo también su Rey del Salitre (*Chilikeuning*).

Cuanto más oía acerca del salitre, más aumentaba mi curiosidad. Y así fue como viajé al norte de Chile, a la ciudad de Iquique y al desierto de Atacama: tras la pista del salitre.